



HEBERTO PADILLA

Sobre la conducta impropia de Cuba

Quien no conozca la vida de Néstor Almendros se asombrará de que este gran fotógrafo español se haya lanzado a dirigir su primera película con el sólo propósito de "demostrar que hay irregularidades en Cuba que deben ser expuestas y denunciadas, al igual que las que existen en otros países latinoamericanos"; pero quienes lo conocemos desde hace más de un cuarto de siglo sabemos que su decisión es perfectamente orgánica a sus preocupaciones artísticas y vitales. Su segunda patria es Cuba. Allí vivió los primeros, y muy activos, años de su adolescencia; no creo que exista una empresa cultural cubana en que no haya participado él. Sus vínculos con la isla son además dramáticos, porque sus padres llegaron a Cuba en la oleada de la Guerra Civil Española; traían la historia en carne viva.

Por eso, Néstor me pareció siempre más adulto que el mayor de nosotros; sus modos de acercarse a la realidad, al arte, a la cultura poseían una asombrosa madurez. Entre nosotros realizó sus estudios secundarios y universitarios, y su tesis de grado fue dedicada al idioma español en Cuba. En tiempos en que tratábamos de ganarnos la vida como podíamos, coincidimos constantemente en los estudios de la televisión hasta que finalmente hicimos el programa "Escenario 4", al que contribuyó con su excelente fotografía. De modo que Cuba es parte de su formación. Cuando dejó el país, en los años en que ya veis perfilarse la tiranía, no perdió sus contactos con

él. En Francia, en Estados Unidos, en medio de sus éxitos, de su constante actividad profesional, con premios o sin premios, Néstor no ha dejado de pensar en Cuba. Esta película es la mejor prueba de ello.

El título no puede ser más acertado: *Conducta impropia*, el nombre oficial que el Gobierno cubano da a ciertos "delitos antisociales". De hecho, es un eufemismo para encubrir la represión contra minorías religiosas, sobre todo de origen africano, y contra el homosexualismo. Los grupos que con más rigor sufrieron la represión fueron los negros, los testigos de Jehová y los homosexuales, que fueron detenidos y confinados en campos de trabajo llamados Unidades Especiales de Ayuda a la Producción, más conocidos por las siglas de UMAP. Estos campos de trabajo forzado duraron hasta finales de los años sesenta, en que la reacción interna e internacional lograron su cancelación.

La idea de crearlos se le ocurrió a Raúl Castro después de uno de sus viajes a Bulgaria, donde le mostraron los nuevos métodos científicos para adecantar la sociedad socialista. El principal objetivo era eliminar la homosexualidad. A los homosexuales se les confinaba en campos de trabajo y se les daba un tratamiento *pavloviano*, que consistía en provocar estímulos negativos o positivos en las reacciones eróticas. Con ayuda de fotografías que mostraban desnudos y cópulas entre hombres, se aplicaban descargas eléctricas para provocar el rechazo, y con

fotos de mujeres desnudas se creaban incentivos ambientales, de acuerdo con la reacción de los *pacientes*. Se trataba de crear reflejos condicionados que reordenaran el comportamiento erótico. El resultado fue trágico, como dice Néstor. Al poco tiempo, descubrieron los homosexuales que bastaba declararse *curado* para lograr una convivencia normal con los soldados que cuidaban los campos durante las jornadas laborales. Pero un día se produjo un fenómeno extravagante, los campamentos empezaron a convertirse en "saunas griegas". Aquellos machos de laboratorio resultaron tan desafiantes, que los soldados se dieron a la tarea de tentarlos para saber si había tenido éxito el tratamiento. Las pruebas se hicieron tan reiteradas que la Jefatura llegó a enterarse y, después de muchas discusiones y verificaciones, se descubrió que el remedio era peor que la enfermedad.

Pero el machismo continúa siendo un arquetipo de la vida cubana. La exaltación del macho es una pasión visceral cuyo fanatismo lo trastorna todo, el punto de que el jefe es capaz de actuar como el personaje de uno de los *Cuentos negros*, de Lidia Cabrera, que llega a eliminar del lenguaje el género masculino para no tener competencia. Así, se clavaba con la "martilla", se guisaba en la "fogona", y se cortaba la hierba con la "macheta"; se decía "las diez dedas de la mana" y hasta el cielo se convirtió en "ciela".

Esa es la atmósfera que refleja el documental de Néstor Almendros. A su lado, y en una actuación no menos meritoria, está Orlando Jiménez Leal, director cinematográfico, un joven de extraordinario talento, cuya primera película sobre la alegría popular cubana provocó las furias de los comisarios políticos de los años sesenta, que la condenaban y finalmente la prohibieron, porque mostraba la "medianoche de un grupo de negros vagos que se divertían en el puerto habanero, mientras sus compañeros de trabajo llevaban el peso de la producción".

Ahora, años después, Néstor y Orlando se juntan para producir *Conducta impropia*. Néstor no pretende continuar como director. "Es un paréntesis profesional". Y con su natural agudeza asegura que el documental es "trágico, porque expone el genio español y Cuba es una *hija* de España".

Todo el mundo ha calificado esta película de impresionante, y el Festival de Estrasburgo la ha premiado por su aportación al respeto de los derechos humanos. La televisión de distintos países europeos ha comenzado a exhibirla, además de la exitosa representación que ha tenido en New York en la muestra *New Directors, New Films*. Televisión española tiene asimismo una opción de compra. Será interesante conocer la opinión de los españoles y los latinoamericanos.